



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ACTORES CÓMICOS
SERVANDO CERBON



Quando borda su papel
se sale de sus casillas
el espectador con él.
¡Es la maravilla del
Teatro de Maravillas!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Tipos de bañistas, por Eduardo Bustillo.—Fuego, por José Estremera.—Los aplaudidores, por Manuel Mateos.—Llamamiento, por Juan Pérez Zúñiga.—Idealidades, por Luis de Ansueta.—Mi niño, por Eduardo de Palacio.—Puntos de vista, por Sinisro Delgado.—La mujer del cochero, por Alfonso Muñoz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Servando Carbón.—La gente baja.—En el puesto del agua, por Cilla.



(DESDE VIGO)

Los admiradores de Zapata, Vital Aza y Estremera obsequiarán a éstos el domingo con un almuerzo en una quinta inmediata a esta población.

Aquí hay mucho entusiasmo por la literatura y por el arroz con pollos; de manera que se ha rendido tributo de admiración a los poetas y a los comestibles.

La fiesta estuvo amenizada por los acordes de una banda de música popular, de la que forma parte un esforzado padre de familia que toca el bajo profundo, y es capaz de romper una puerta cochera de un resoplido.

Así y todo, no ha habido desgracias que lamentar. Los músicos despachaban sus piezas sin meterse con nadie: cogían una mazurka, la ejecutaban entre todos, y se quedaban tan frescos. Sólo al final vimos que un músico se retorció entre horribles lamentos.

—¿Qué sucede?—preguntamos con sorpresa.

—No se alarme usted—nos contestó otro artista de la banda.—Es que se ha tragado la boquilla del cornetín.

—¡Demontre!

—Siempre que toca alguna pieza sentimental, le sucede lo mismo.

—Tendrá que estar comprando boquillas frecuentemente.

—No, señor; siempre usa la misma.

A pesar de que aquí hay muchas señoritas que tienen álbum, no han sido molestados los poetas con solicitudes; pero no hicieron más que llegar y se les presentó una poetisa vieja, natural de un pueblo inmediato, y autora de un poema en el cual se entabla una lucha entre «el corazón, la honestidad y la carne de membrillo.»

—El Sr. de Aza?—preguntó al criado de la fonda.

—Se está lavando.

—No importa. Dígame usted que soy yo.

—¿Y quién es usted?

—Me firmo la *Solitaria de la dehesa virgen*, pero mi nombre terrenal es el de Bernarda Funguifa.

El poeta recibió a la viuda en mangas de camisa, y la invitó a que se sentara sobre un baúl. Ella se puso a leer el poema, mientras el otro se cortaba las uñas; y gracias a que entró en aquel momento la juventud entusiasta y se llevó a Vital, porque de lo contrario hubiese tenido que coger a la poetisa y sumergirle la cabeza en la palangana, que es el mejor remedio contra los poemas.

Aparte lo del almuerzo literario, no ha habido durante la semana última ninguna novedad digna de consignarse.

Por no tener, ni siquiera hemos tenido viajeros portugueses; y eso que por una insignificante suma pueden venir a España y volverse a su país, después de haber admirado nuestro salero y nuestra industria floreciente.

En cambio, hay en Mondáriz gran número de *lusos*, que van a beber el agua salitosa para echárselas de personas importantes, adulteradas por los excesos.

La mayor parte de los agitistas portugueses están sanos como manzanas, pero quieren aparecer enfermos, para que digamos los españoles:

—¡Oh, qué gran nación la portuguesa! Allí hay de todo: hasta diabólicos *sacarinos*.

En su afán de competir con nosotros, han establecido una academia en Lisboa donde se aprende a dar sablazos y pufaladas con equidad y aseó.

La bondad de su temperamento y la escasez de personal les vibran de una plaga que aquí nos consume: la criminalidad; pero ellos no se conforman con pasar inadvertidos en los anales del vicio, y alquilan honrados padres de familia para que se estén en la cárcel, asomados a las rejas, en calidad de criminales inte-

rinios, a fin de poder mostrarlos a los extranjeros, con estas palabras terribles:

—También aquí tenemos *criminosos*.

Hace poco tiempo que hicimos un viaje a Braga y allí conocimos a un pobre albañil sin trabajo, que cubría su faz con una barina postiza y se pintaba el entrecejo con corcho quemado.

—¿Por qué se disfrazaba usted?—le dijimos.

—No tengo recursos y me dejo alquilar por unos caballeros en clase de saltador de caminos—nos contestó humildemente.

—¿Y roba usted a los viandantes?

—No, señor; me coloco en las carreteras con un trabuco descargado, para que vean los extranjeros que Portugal es una nación muy grande y que aquí hay de todo.

Ahora dicen que vendrá a Portugal el doctor Rodríguez, ese verdugo de la tenia, y los portugueses están muy contentos con la esperanza de decir:

—¿Qué raza tan vigorosa la nuestra! Hay portugués que tiene dentro un animal feroz, y vive sin embargo.

—¿Qué animal es ése?

—¡La serpiente do ventre!

* * *

Dentro de poco quedará aquí instalada una red telefónica.

Es esta una ciudad donde encuentran siempre buena acogida todos los adelantos de la civilización; así es que sin funcionar aún el teléfono, hay ya gran número de abonados.

A las oficinas de la empresa acuden los vecinos solicitando instalaciones, y conocemos a una señora que ha ido a decir al director, con acento de júbilo mal reprimido:

—Vengo a avisar a usted que necesito un aparato.

—Corriente.

—Pero debo advertirle que soy viuda, porque supongo que habrá un aparato para cada profesión. Necesito, pues, uno para mí y otro para mi niña, que es completamente candorosa.

El teléfono hará fortuna en esta localidad, porque nunca faltan cosas que decirse, y porque hay mucha gente aficionada a la comunicación.

LUIS TABOADA.

TIPOS DE BAÑISTAS

Es un establecimiento donde el agua sulfurosa cura al noventa por ciento con su virtud prodigiosa.

Y si, al instalarse en él, dieran con virtudes tales, al par que las de la piel las afecciones morales,

hallarían curación de tan triste enfermedad muchos bañistas que son tontos de solemnidad.

Aquí tengo bien a mano a la viuda de Maestre; sin bulto, divieso ó grano que una diátesis nos muestre.

Y aunque hace con gran cinismo necio alarde de neurosis; sin pizca de escafulismo, ó de herpe ó forunculosis; imitando a la señoras que hacen del capricho un mal, traga azufre á todas horas, de una manera bestial.

Su esposo fué un escribano que se comió la partida, y se murió bueno y sano por pasar á mejor vida que la que en este planeta hubo el pobre de tener

con la costilla ó chuleta que Dios le daba á roer.

¡Qué mujer! Del diablo es copia.

Tuvo el notario razón al extenderse su propia partida de defunción.

En el campo, y en la mesa, donde quiera se distingue; y, como es atroz de gruesa, con el calor suida pringue

que, entre polvos y pintura, en arroyuelos se pierde,

denunciando la impostura de esta infame vieja verde,

que, echándose de rica por ver si algún pollo pesca, rostro y pelo falsifica mintiéndonos carne fresca.

En el salón, por la noche, tiene á todos aturridos, haciendo gala y derroche de alhajas y de vestidos.

Y baila si hay quien la baile y la obsequie de algún modo; y le hay siempre ¡vaya si háilet porque hay hombres para todo.

Yo formule mi protesta en estilo liso y llano contra mujeres como esta viuda del pobre escribano.

EDUARDO BUSTILLO.

FUEGO

Paseaba la calle Roque á la encantadora Juana, por la que bebí los vientos y en claro las noches pasa. Calle arriba, calle abajo, llevaba dos horas largas mirando constantemente la mansión de su adorada, cuando cierto amigo suyo pasó y dijo:

—¡Calla, calla!

¿Qué hace aquí el amigo Roque? ¿No resaca? ¿Estás en Babia!

—Chico, estoy enamorado de una niña muy reguapa que vive en el cuarto piso de aquella casa tan alta.... Pero, calle, que se asema alguien á aquella ventana.

—En efecto, se ve un hulto; pero no veo á distancia....

—¡Es ella, ó será su madre!

—Es un hombre. —Tiene faldas....
 —Sí, pero yo no distingo, aunque es la noche muy clara.
 En esto pasó un paletó mirando, hecho un papanatas, y al verlos, quedó parado con una boca de á vara. Llegan después unas chelas muy compuestas y muy guapas, y al ver á los tres parados, por ver qué miran, se paran. Y así se fué haciendo un grupo de la gente que pasaba, preguntando unos á otros de la agrupación la causa.
 —¿Qué ha ocurrido?
 —Yo no sé.
 —¿Usted sabe lo que pasó?
 —Yo creo que es que ahí han dado á un hombre de puñaladas.
 —¿Y dónde está?
 —El agresor se fué por aquella plaza.
 —¿Y el herido?
 —Hace un momento se lo llevaron los guardias.
 —Son ladrones.
 —Son rateros.
 —Es una mujer casada que ha pegado á su marido ó por sobras ó por faltas.

En tanto, á Roque su amigo decía:—Hay luz en su casa. Y él contestaba:—Es el fuego de esas ujas.
 —¡Ay, qué graciel!
 —No te rías, que por allá tengo un incendio en el alma. Un hombre, de lo que hablaron oyendo algunas palabras, dijo:—Es fuego. Me parece que por allí se ven llamas. Corrió la voz al instante, y la gente allí parada ¡Fuego, fuego! repetía.
 —Llame usted á la bomba, guardia.
 Sonó el pito del sereno, y ya por calles y plazas corriendo la voz de fuego iba llevando la alarma. A poco la voz siniestra repitieron las campanas, y llegaron los bomberos, el gobernador, la guardia, los concejales y todas las gentes que no hacen falta, y todos llegaron sólo á apagar la riva llama que en el corazón de Roque encendió la hermosa Juana.

José ESTREMEBA.

LOS APLAUDIDORES

Porque de algo hemos de hablar. Hablemos, pues, de los alabarderos de teatro, y.... allá va una proposición:
 ¿No les parece á ustedes llegado ya el momento histórico de disolver la ilustre corporación de aplaudidores dramáticos?
 A tiempos nuevos, nuevas instituciones.
 Todo organismo tiene sus días contados.
 Todo es mortal, todo perecedero.
 A los alabarderos les ha llegado su San Martín, como á la milicia nacional y á los pantalones de trabillas.
 Antes.... ¡pase! antes tenía eso su razón de ser.
 Al forastero incauto que llegaba á Madrid con hambre de ver un teatro, le daban la obra aplaudida y todo. No tenía que tomarse más trabajo que el de reírse si le ofrecían comedia de gracioso, ó el de llorar si le daban drama con traidor de ceño adusto y puñal en el bolsillo del frac.
 Hoy las cosas han cambiado, que no en balde el mundo da vueltas y el progreso modifica las costumbres.
 Hoy el público es ilustrado y distinguido é inteligente, y quiere hacerse la justicia por su mano si le dejan. Le sobra la claque.

Ha sucedido con la claque (ya me perdonarán ustedes el galicismo, ¿eh?), ha sucedido lo que en mi casa con el único reloj de pared que tenemos.

Como acá todos somos perezosos (mis chicos, mi criada, yo mismo tengo algo de eso), mi mujer adelantó el reloj para hacernos levantar media hora antes; pero duró la treta pocos días. Cuando todos supimos que el reloj adelantaba, dimos en retrasarnos, y el efecto fué como el que se emplea para jugar algunas carambolas: de retroceso.

Durante algún tiempo estuvimos asistiendo al estreno de algunas obras, sin darnos cuenta de lo que nos sucedía.

Lo que nos parecía malo, lo veíamos aplaudido á rabiar, y dudábamos de nuestro criterio; porque el hombre que piensa rectamente, no cree nunca que le engañan, sino que está en error, que tiene alteradas sus facultades. Así es que dábamos como cosa corriente nuestra ofuscación, que no entendíamos lo que veíamos y que los señores que saboreaban los disparates nos daban una lección de buen gusto.

Llegó á averiguarse que los tales aplausos eran artificio, desconfiábamos entonces de los elogios y de los éxitos, y nos hicimos el cargo de que obra aplaudida equivalía á obra silbada, de que se habían, en fin, invertido los términos, y de que se había llegado á la época en que las obras se reventaban con aplausos, como antes con silbidos.

Hoy día, cuando el curioso que no asiste á los estrenos (porque á esas cosas ya no van más que los amigos del autor y los aplaudidores de oficio), cuando el curioso se encara con el cartel

al día siguiente y ve anunciado: «Segunda representación del EXTRAORDINARIAMENTE aplaudido juguete».... exclama:

—¡Caramba! ¡Qué malo debe de ser eso!

¡Luego el cuerpo de alabarderos está de sobra!

Y juro á Dios que siento pedir la supresión de un oficio, porque no estamos tan sobrados de carreras que ofrecer á la juventud que se siente con bríos para ganarse de cualquier manera un pedazo de pan.

Hoy que eso de las emigraciones está organizado de manera que nuestras hermanas las Repúblicas sud-americanas arramblan con todos los brazos ociosos que encuentran en España, pedir la supresión de una industria (que no lo es menos eso de aplaudir lo que no se entiende) es como pedir á Buenos Aires que envíe unos cuantos vapores para llevarse allá todos nuestros aplaudidores de paraíso ó galería.

Pero pidiendo la supresión de ese gremio nos adelantamos, después de todo, á lo que el tiempo ha de hacer dentro de poco.

¿Cuánto más vale que de una manera decorosa se disuelva esa corporación? ¿Por qué esperar á que unos á otros se destruyan y se coman mutuamente, como dijo el otro?

Porque ¡cuidado, señores, si se va poniendo malo el oficio de aplaudir!

Antes, con un par de salvas de aplausos en cada acto, la primera cuando el galán canturreaba las quintillas, y la segunda al caer el telón, vamos, al llegar el efecto final, ya estaba un hombre despachado.

Pero hoy, al llegar la medianoche, no hay alabardero que no esté reventado y no tenga las manos hinchadas como botos, de donde sin duda ha venido el que en Francia los llaman *gladiateurs*, como á los que en Roma andaban á guantadas para distraer la gente, ó los que en Inglaterra luchan hoy á puñetazo limpio para entretener á los demás.

Y que las exigencias van en aumento.

Ya no basta aplaudir á secas, ya es preciso intercalar en los aplausos alguna frasecilla en elogio del actor que canta la pentera ó de la actriz que baila y canta á un tiempo el lascivo tango. Ya hay que fingir entusiasmo y fingir que no se puede contener y *arrancarse* con un «¡Ole tu mare!» ó «¡Viva tu graciel!» ó un «¡Ay, mi niño!»

Y hay que pedir *¡otra! ¡otra!* para dar lugar á que el histrion *acceda* á los deseos del público, aunque parezca que se encuentra rendido, cosa que no es verdad, porque no es lo mismo cantar que aullar, que si lo primero rinde, lo segundo viene á ser desahogo conveniente al pecho.

Y ha de incomodarse el aplaudidor si alguno de los que han pagado su asiento se atreve á llevarle la contraria, y ha de decirle algún epíteto ofensivo y á dos por tres continuar la discusión á bofetada seca, en lo que siempre gana el alabardero, porque manos como las suyas....

Y si hay un número de música que exija en el paraíso coro de besos simulados, ó acompasado taconeo, tiene el alabardero que corear la copla, y muy á tiempo, y cuidadito con distraerse y entrar mal ó salir *embrocado* del compás!...

Y todo eso por.... ¡vergüenza da decirlo! por una peseta nocturna y el asiento, y media botella de vino las noches de beneficio, y panecillo y sardina las noches de estreno.

¡Oh, ilustres *claques*! ¡A qué estado habéis venido!

Otra prueba de la degeneración que se nota en el gremio es que, así como á las cepas viejas les acomete el oidium, ó el mildew ó la filoxera, al decrepito cuerpo de alabarderos le ha salido el destructor enemigo del gremio de los reventadores.

Estos son los *chorizos* de aquellos *polacos*, ó los *polacos* de aquellos *chorizos*.

Por supuesto que poco á poco van adquiriendo ambos contendientes organización análoga.

Los reventadores tienen ya sus cabos primeros y sus capitanes, y su jornal de á peseta, y su alboroto la noche que meten en el foro una obra que pudo pasar, aunque, mirado en conciencia, pocas merecen tanta gloria.

Y hemos llegado ya al caso en que las noches de estreno, á quien menos intervención conceden en el éxito es al juez severo, al juez imparcial, al público en fin.

No, señor, eso ya es cosa de ellos, que van á quien puede más y á quién grita más y á quién vence; si los que piden una estatua para el autor, ó los que quieren que le pongan unos grillos.

El público, si hay alguno de veras esas noches, debe limitarse á ver, oír y callar, y de paso á procurar que los de un bando ó los del otro no le confundan con un enemigo, y resulte que aquel billete que pagó triplicado ó cuadruplicado al revendedor le ha

LA GENTE BAJA



—Buen amigo, ya se conoce que es usted tratante en cerdos.
—¿Por qué?
—Porque se le ha pegao á usted el aquel de la fisonomía.



—¡Rediós, y qué carrillazos tan ricos tie la Tomasica!



—¡Quitaisos de ahí, piltrafas!



Parece que no, pero éste es de los pájaros que cargan la contribución á sus convecinos para rebajársela él.



—Arre, borriquito, que vamos á ver si vendemos puerros en Villarramiel.



Con mis catorce sayas y el moño tieso, no hay un mozo que pueda llevarme en peso.



—Compadre, si sigue marchándose la gente a Buenos Aires, tendremos que rebajar el vino.
—¿El precio?
—Hombre, no, digo rebajarle en el sentido de echarle más agua.



—Pus lo que es cómo hoy vengan juntos... á él no le haré nada, porque al fin es un cabayero, pero lo que es á eya....

proporcionado ocasión para aburrirse con chistes licenciosos y música ratonil, y por fin de fiesta á llevarse á casa una descabridura ó un chichón.

Conque ¿no creen ustedes llegado el caso de suprimir los aplaudidores?

Y si al cabo no puede ser, si hay que pasar por eso, como se pasa por otras cosas, si el Ministro de Hacienda tiene el proyecto de hacerles sacar patente y obligarles á echar unas pesetas en las cajas públicas, ¿no podríamos, por lo menos, obligarles á que usen un poco de buena educación y una camisa un poco limpia?

Vamos, jeso no es pedir gollerías!

M. MATOSOS.

LLAMAMIENTO

¡Vuelve, Antón de mi vida, vuelve á tu aldea!
¡Fíjate en que mi pecho ya lo descal
¡Mira que mando cuatro guardias civiles
á que al punto te busquen por los Madriles,
y te traigan al pueblo preso y atado
para que no te apartes ya de mi lado,
y juntitos vayamos al bosque umbrío
y juntitos pesquemos peces del río,
retorando entre flores y matorrales
lo mismo que retorán los animales!
Yo te adoro lo mismo cerca que lejos,
no hago caso á los hombres (más si son viejos),
y á no ser con el cura, que es un buen mozo,
no hablo nunca de amores; con él sollozo,
y á la Virgen pedimos al separarnos
que te traigas dinero para casarnos,
pues dice que si él cobra muchos doblones
quedan mejor echadas las bendiciones.

Pero, aunque no me faltan santos consuelos,
nadie puede impedirme que tenga celos.
Déjate, pues, de bromas y no me mates.
¿Qué te importa ver coches y escaparates
y teatros y circos y otras mil cosas,
adquiriendo costumbres pecaminosas,
cuando aquí tienes gratis higos y setas,
alcachofas, pimientos y cebolletas?

Ven, Antón, que aunque ganes poco dinero,
el cuidar de tus granos es lo primero,
y debe de ser dulce vivir contigo
entre avena, algarroba, cebada y trigo.»

Así exclamaba á solas ayer mañana,
en medio de su huerto, la Salustiana,
merendando tomates apetitosos
y lanzando suspiros tan angustiosos
que dejó medio secas todas las parras
y asustó á las hormigas y á las chicharras.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

IDEALIDADES

—¿Pero es tan puro tu amor?
—Todo lo que diga es poco
para pintar su candor....
Dicen que es un niño loco
que no repara en excesos
ni halla dique en la prudencia,
que son sus frases los besos,
los abrazos su existencia,
que destruye la virtud
y hace añicos el pasado
y lleva á la juventud
hasta el borde del pecado;
mas yo puedo asegurar
que el amor que siento en mí,
aunque es un amor simpar
que toca en el frenesí,
no halla resquicio ni brecha
para atacar el honor,
pues la moral más estrecha
ha amurallado este amor.
—Es extraña tu energía....
mas tu novio, de seguro....
—¡Basta una mirada mía,
y si ha intentado algo imparo
no hace reales sus agravios,
que siempre quedan secretos,
y no me tocan sus labios,
y sus brazos están quietos!
—¿Cómo creer que en la vida

de una profunda pasión
no está la razón fundida
al fuego del corazón?...
¿Y cómo pensar que hay calma
en ese voraz anhelo
que va poniendo ante el alma
las perspectivas de un cielo?
Fuera, niña, gran simpleza
que yo creyese ese error....
¡O es que no hay tanta pureza,
ó no existe tanto amor!
—¡Siempre con el mismo empeño!
¡Si mi amor es tan profundo
que á veces, despierta, sueño
que no cabe en este mundo,
que sube y llena el espacio
con su gigante espiral
y hace en las nubes palacio
para su vida ideal!
¡Que no es grande?... ¡Qué cruel
pensamiento es el que tienes!...
¡Si doy mi vida por él
¡si él solo es quien me sostiene!
¡Si me trae toda alegría!
¡si desuerta mi pesar!...
¡Señor, si me moriría
si me llegase á faltar!
¿Que yo no adoro á Ramón
dice usted?... ¡Que no le quiero!

¡si ocupa mi corazón
por entero.... por entero!
Si me quiso enloquecer,
señor.... ya lo ha conseguido....
¡Si yo he de ser su mujer!
¡si él ha de ser mi marido!

¡Qué dicha pensarlo así!....
y el dudarlo.... ¡cómo aterrora!....
—Pero ¿ves, pobre de tí,
cómo bajas á la tierra?....

LUIS DE ANSORENA.

MI NIÑO

«No hay mejor café que el de Puerto Rico....»
El tango se enseñorea de todos los teatros y de todos los círculos.

Es la última frase musical de la época.
En las obras que dan á luz los ingenios corrientes nunca falta un tango.

Este amor americano extravía aun á las personas serias, al parecer, y formales de suyo.

Conozco á una familia cuya cabeza visible es un senador del Reino, que no toca, ni baila, ni recita, ni huele más que cosas americanas.

Una de las niñas pasa lo mejor de su vida repitiendo en el piano el «Carifio», del maestro Nieto, y el «¡Sangá! ¡sangá!», cantando la letra popular y silvestre tan característica del género.

El señorito mayor baila.

Los pequeños también.

Y la madre y el padre jalean á los artistas.

En la cocina, la criada y el criado andan á manotazos con las moscas al compás del piano de la señorita, y la doncella deja de serlo para alternar con el criado y con la cocinera en el baile de los tangos.

Como la señorita no puede beber agua de Lozoya, porque la «estruga», según ella dice, un aguador, chico descendiente de Pelayo (no de Menéndez, sino del auténtico), lleva á diario agua de no sé cuál perfumería.

Pues cuando llega y encuentra á la familia bailando, suelta la cuba y toma parte.

El tango es la pieza musical que arrebató á las muchedumbres en los cafeses de *El Imparcial*, de Romero y otros del ramo de cante y bofetás con gotas.

El tango subleva las pasiones de la gente, y á ciertas horas rompen á *mangusás* y tiros al compás del tango.

En aquella atmósfera saturada de mosto, tabaco y alientos ponzoñosos; oyendo el pataleo que con perfecto ó, por lo menos, legal derecho, ejercitan los jaleadores, y amenizado el espectáculo por la entrada (cuando lo marca el ejemplar) de la pareja de mansos de orden público....

¡Ah! El que no ha disfrutado de esas delicias no sabe lo que es vida ni lo que es tango.

De algún tiempo á esta parte todo es guachindango.

¡Es tan poético un ciudadano bailando y cantando en negro insurrecto!

Con las piernas encogidas y las manecitas colgando, como si fuera á señalar un lance de capa á la verónica, parece el bailarín un orangután bien relacionado.

¡El tango es una mezcla de alegría y dolor!

—Se le figura á uno que está en la manigua—decía un chulo procedente de voluntarios cubanos.

—Es verdad—afirmaba una joven,—todo es americano.

Una dama distinguida, oyendo tocar un tango en el piano á una señora amiga, exclamaba suspirando y con la vista fija en un general del ramo:

—Se me antoja estar viendo los cocos americanos.

Cada época tiene su música especial.

En la de Borrego (no D. Andrés), pongo por ejemplo, eran la cachucha y los vales de SSStrauss, estrenados en Villahermosa.

Hoy es el tango.

Sin querer empiezo á tararear:

«Carifio,

no hay mejor café que el de Puerto Rico.»

Advierto á ustedes que soy hombre de bien, á pesar de esto, y que tengo personas que abonán mi conducta, aunque sea á turno par.

EDUARDO DE PALACIO.

PUNTOS DE VISTA

—Comiquitos de provincias
y escritores de merengue
y empresarios ignorantes
y críticos incipientes

están poniendo el teatro
que no hay por dónde cogerle.
Las tiples, que no son tiples,
si cantan, ni hablan, ni entienden,

son cada día más posmas,
cada vez más exigentes;
por su voluntad se cambian
y se arreglan los papeles,
y en cuanto uno se descuida,
sacan la voz de falsete
y alzan las faldas un poco
para enseñar cuanto tienen.
Los actores, cuando estudian,
que estudian muy pocas veces,
ponen los cinco sentidos
en destrozarse lo que aprenden.
La empresa no sabe nunca
cuidar de sus intereses,
y prefiere los telones
y las piezas indecentes
á las comedias formales
sin tanguitos ni cañales.
Los periódicos envían
unos críticos imberbes
que no han visto por el foro
la gramática, ni quieren.
¿Hay estreno? Va cualquiera,
no escritor, sino escribiente,
que nunca tuvo del arte
ni las nociones más leves,
á sentarse en la butaca
con aparato solemn,
para decir en su estilo
lo que aquello le parece.
Y el público es un conjunto
de guasones, mequetrefes,
señoras cursis, gomosos,
cocineras y asisantes.
¡Así salen ellos luego
diciendo tantas sandeces!
¿Yo escribir para el teatro?
¡Antes dejo que me tuesten!—

.....

Esto decía González,
furioso, al día siguiente
de estrenar una zarzuela
con sus puntas y ribetes
de transcendental, más mala
de la mismísima peste,
á la que aplicó el concurso
todo el rigor de las leyes.

II

—¿Quién ha dicho que está ahora
el teatro decadente?
Nunca han pisado las tablas
actores que más valiesen,
ni tiples tan afinadas
ni tan hermosas mujeres,
ni ha habido coros como éstos,
mejores que los celestes,
ni una empresa tan rumbosa
ni tan sabia como solca
ser las empresas actuales,
que yerran muy pocas veces.
Pues ¿y la prensa? ¡La prensa,
que podría, si quisiese,
fastidiar á los autores
y siempre los favorece!
Disimula los defectos,
da bombos, aunque exagere,
y cuando uno se equivoca
se calla prudentemente....
El público, aunque le insulten
los majaderos, es siempre
justiciero, recto, noble,
como deben ser los jueces.
¡Qué paciencia con lo malo!
¡Qué entusiasmo, cuando puede
con dos ó tres chistecitos
divertirse honestamente!—

.....

Así se explicaba el propio
González, á los dos meses,
poco después del estreno
de una piececita *corale*
(representada por unos
actores de mala muerte),
que le aplaudió la alabarda
por los telones que tiene
y porque salen las chicas
desnudas completamente.

Resumen: que cada *quisque*
se queja cuando le duele,
y que todos somos unos,
y el que venga atrás que arree.
SINESIO DELGADO.

LA MUJER DEL COCHERO

Pues señor, ya no debe tardar apenas;
el deseo me impide que tenga calma;
que me hierve la sangre siento en las venas,
y un placer infinito dentro del alma.

¡La mujer del cochero de mi señora!...
Yo ya sé que á mi rango no corresponde;
mas quién soy, de seguro que ella lo ignora.
¿Llevo en la frente escrito que soy el conde?...
Ya viene... ya se acerca... ¡por poseída!...
(¿Ha tenido el cochero gusto exquisito!)
—Ya me hallaba impaciente, prenda querida,
por admirar las gracias de tu palmito.
¿No te llamas Teresa?—Sí, ése es mi nombre,
—Pues eres tú de todas la más hermosa,
y á tu marido envidia, pues será el hombre
al que harás la existencia dulce y dichosa.
—¡Ay, si así fuera!...—¿Cómo? ¿No satisface
tu belleza á tu esposo?—No ha satisfecho,
cuando á otra mujer ama. Y eso me hace
faltar á mis deberes.... ¡Sólo el despecho!
Sí, yo quiero vengarme!—Justo castigo
que debes aplicarle.—¿Celosa y ciega!...
—No te enfades, monina, porque conmigo
tendrás cariño y todo lo que él te niega.
Da el olvido á ese esposo, que estará donde
unos labios impuros sin duda besa.
—Es el cochero en la casa de un señor conde.
—¿Y allí con quién te engaña?

—¿Con la condesa!

ALFONSO MUÑOZ.



CHRISMES Y CUENTOS

Sepan ustedes que estamos, como siempre, haciendo propaganda del periódico.
Y que remitimos paquetes de muestra á los vendedores de provincias.

Y que les avisamos de que, hagan el pedido que quieran, pueden devolver los ejemplares que no vendan, de modo que no hay perjuicio posible para ellos....

Pues bien, ¡hay hombres que viven de eso, de vender periódicos, y que nos devuelven los paquetes sin abrirlos, creyendo, sin duda, que dentro llevan una máquina especial para sacarles el dinero del bolsillo!

Ahora díganme ustedes si en un país en que nadie quiere trabajar, ni con exposición ni sin ella, puede prosperar ninguna industria.

Voy á empezar á enviar paquetitos á Cañerías, á ver si allí son las personas más avisadas.]

El joven Homobono
se va á San Sebastián á darse tono,
y su hermano Evaristo
no sale de Madrid por darse pisto.
Hay caballeros que poseen el arte
de tener importancia en cualquier parte.

«Estando el cuerpo sudando....» ¡Si ya sé: una copa de Puro.
¡Caramba! Este industrial de Lérida ha dejado en mantillas al Dr. Pórras.

Si me dices que me quieres,
dímelo bajito, Blas,
que diciéndolo bajito
tienes que acercarte más.

—Usted entró el día 14 en la zapatería.
—Sí, señor.
—Cogió usted un par de botas y se marchó con ellas.
—Sí, señor. Pero no con el objeto de robarlas, sino para probármelas en casa.
—Podía usted haberlo hecho allí mismo.
—Sí, señor; pero me hubiera dado vergüenza, porque como no tengo calcetines....

Libros:

Las tres virtuosas ó los hombres pintados por una mujer, novela de don Luis de Loma y Corradí, cuya publicación anunciamos oportunamente. Este libro ha de llamar poderosamente la atención por la novedad del asunto. Precio, 3 pesetas.

Sor Ana, precioso poema de D. José de Diego, que si antes no se nos hubiera revelado como verdadero poeta en multitud de trabajos, algunos de los cuales han honrado las columnas de este periódico, tendría desde ahora, con *Sor Ana*, un distinguido puesto en la república de las letras. Precio, 75 céntimos, redacción de la *Semana Cómica*, de Barcelona.

Morfología del robo ó ladrones de Madrid, capitulillos por D. Manuel Lugo y Huerta. Este utilísimo libro es un estudio concienzudo de los rateros madrileños, que deben leer las personas pacíficas, á las cuales puede evitar muchos disgustos. Precio, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tabardillo.—Canta usted á Elise cómo la cantaría el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Y hace usted unos enjuagues con las sílabas, los consonantes y los versos, que no los haría mayores el otro excelentísimo señor que asó la manteca.

Sr. D. D. F.—Madrid.—Para un abanico no están mal, pero *hallá y hallí* no se escriben con *h* ni aquí ni acullá.

M. Terio.—Es tan extraordinario su descuido,
que no hay un solo verso bien medido.

Sr. D. J. P.—Madrid.—Parece un cantable de una zarzuela mala.

Panchito.—Ay, Panchito, Panchito, Panchito, que esa anacréontica la has copiado de alguna parte, comiéndote unas cuantas palabras!

Un concha.—No es publicable, hablándole á usted con franqueza.

El gorro frigio.—Pues.... porque aquello no tenía gracia y se hacía pesoso. No versifica usted mal del todo; pero ¡ay! *todavía* no es publicable eso tampoco.

Sr. D. M. F.—Madrid.—Gastadísimo ese chiste final.

Calabaza.—Y ése también.... suponiendo que sea chiste.

R. B.—¿Qué ha de K. ber E. sol!

Sr. D. A. V.—Madrid.—No. ¡Acrósticos no, por los dolores de la Virgen y por la Virgen de los Dolores!

Fray Quinqué.—Si viera usted qué mal suena todo eso! Y es porque el ritmo y la cadencia andan por donde Dios quiere.

Sr. D. T. H.—Muy malo el soneto.

Un curioso.—Con decirle á usted que esa carta la pudiera haber escrito yo mismo!

X. X.—¡Por Dios! Escriba usted un poco menos, y procure huir un poco más de las incorrecciones.

Sr. D. V. P.—Madrid.—Vulgaridad.

Marte.—Barbaridad.

Nacino.—Por lo menos ahora es cierto que no ha atinado usted.

Sr. D. J. C.—Aranjuez.—Un poquito indecentitos son ambos epigramitas.

El del otro sábado.—No haga usted esas preguntitas porque no valen tres pitos.

Serafin.—Mal andamos de ortografía en la gloria, amigo querube. ¡Mire usted que aquello de «se allaba rebuelto el río» tiene que ver!

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 15.—Teléfono 324.

EN EL PUESTO DEL AGUA



—De modo que es usted viuda.
—No señor, no; pero para el caso, como si lo fuera.

ANUNCIOS

T. V. FAURE.-

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: BORTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 2 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.